

BENITO PÉREZ GALDÓS: AÑOS DE APRENDIZAJE

El 4 de enero último se cumplieron cien años de la muerte de Benito Pérez Galdós, cuya vida transcurrió entre 1843 y 1920. A lo largo de esos setenta y siete años llegó a ser en España la primera figura literaria, según lo han reconocido críticos de su tiempo y posteriores, connacionales y de otros países y lenguas, autores de libros, capítulos, artículos, prólogos y tesis que completan hoy una bibliografía cuantiosa y creciente. Tuvo en vida prestigio y popularidad. Los amplios murales de sus *Episodios Nacionales*, ciclos de novelas protagonizadas por personajes de ficción ligados a sucesos trascendentales, reviven la historia española de su siglo, en tanto que las novelas de la sociedad española contemporánea reflejan en el espejo del realismo la existencia de la gente común, el burgués, el ciudadano de la clase media, estamento distintivo de los tiempos modernos. Varias de sus novelas recobraron vigencia adaptadas a otros soportes artísticos, como el cine y la televisión. La palabra sugestiva cedió lugar a la imagen inalterable, al darles un rostro a los personajes y una apariencia precisa a los escenarios. En varios casos, la conversión al nuevo lenguaje produjo obras de primer orden, como la trilogía de Luis Buñuel que integran *Nazarín*, *Viridiana* y *Tristana*, y la adaptación para televisión de *Fortunata y Jacinta* dirigida por Mario Camus. Estos artistas forjaron obras originales a partir de las creaciones galdosianas y al mismo tiempo ellas contribuyeron a renovar el interés por la lectura de las novelas. Si bien no caben dudas de que Galdós, es, en las letras, uno de los grandes de España, algunos entusiastas de las jerarquías numéricas han ido más allá y le han asignado, en la novela, el segundo lugar después de Cervantes. Galdós fue un devoto de este clásico y podría decirse que un discípulo en lo que concierne a la visión del mundo, a aspectos de la técnica narrativa y al manejo del lenguaje.

Galdós nació en Las Palmas de la Gran Canaria, una de las siete islas del Archipiélago Canario, ocupadas por los españoles a lo largo del siglo XV. Sus habitantes originarios se cree que eran inmigrantes bereberes oriundos de la

cercana África. La costa oriental de otra de las islas, la de Fuerteventura (donde, entre paréntesis, pasó parte de su destierro Miguel de Unamuno, en 1924), está a solo ciento veinte kilómetros de las costas africanas y, en ocasiones, el viento transporta hasta allí arenas del desierto. Por ser de las últimas tierras conocidas entonces sobre el Atlántico, las naves que partían rumbo a América anclaban y se abastecían en sus puertos. Durante el siglo siguiente, el XVI, las Canarias pasaron por una situación parecida a la del continente recién descubierto, donde se fundaban ciudades y pueblos y se organizaban las instituciones. Los Pérez, antepasados paternos del novelista, se contaban entre los más antiguos habitantes de la isla, en tanto que los Galdós, antepasados maternos, se habían radicado con posterioridad, en el siglo XVIII, procedentes de Guipúzcoa.

Galdós vivió en Las Palmas, capital de la Gran Canaria, hasta los diecinueve años. Era el menor de diez hermanos, y, como tal, el niño mimado de las hermanas, que eran seis. Dado el predominio femenino y el fuerte carácter de la madre, no extraña que Doña María de los Dolores Galdós, cuyo padre era el receptor del Santo Oficio, gobernara su matriarcado con mano dura. El padre militar solía ausentarse y los cuatro hijos estaban en minoría; pero fue precisamente el benjamín quien se resistió a la férula materna y quien, en ocasiones, chocaba con la dominante señora. A Benito le encantaba que le contaran historias y, de adolescente, era un muchacho alto, desgarbado y enfermizo, con dificultades respiratorias, una persona reservada y un artista en ciernes que tocaba el piano, dibujaba con destreza y publicaba sátiras en las que apuntaba a envanecidos notables de la ciudad. En 1862 participó de la Exposición Provincial de Pintura con dos dibujos y un óleo.

Galdós estudió en el colegio de San Agustín de Las Palmas, frecuentado por hijos de familias destacadas de la isla. Allí fundó *La Antorcha*, periódico manuscrito que no se ha conservado. Se han conservado, en cambio, manuscritos no publicados en su tiempo sino más tarde, gracias al empeño de esforzados eruditos. Con un compañero, Fernando León y Castillo, compuso un extenso y ofensivo romance en que los jóvenes se desbocan sin miramiento alguno, hasta el sarcasmo, en contra de un miembro importante de la alta sociedad isleña, conde, político, gran propietario y uno de los fundadores del Gabinete Literario, importante

institución cultural de la isla. La escasa difusión del libelo evitó la previsible reacción del poderoso personaje, ya que no solo apuntaba a él sino también a su familia.

En otra ocasión, el muchachose burla del proyecto de construir en Las Palmas un teatro a orillas del mar. Lo hacen una composición -“El teatro nuevo”- cuyos versos rematan en esdrújulos. *“En una noche lóbrega, / se cierne sobre el ámbito / de la ciudad pacífica / siniestro ser fantástico. / Es el espectro fúnebre / de aquel poeta extático / que a mártires y vírgenes / y apóstoles seráficos / colores dio, poéticos / con sus serenos cánticos”*. El personaje aludido es Bartolomé Cairasco de Figueroa, poeta barroco del siglo XVII, oriundo de la capital grancanaria, afecto a los esdrújulos que la ironía galdosiana retoma en esta composición. La construcción del teatro tan cercano al mar avivó la imaginación visual del dibujante y se explayó en unas sesenta caricaturas reunidas con el título de *Gran teatro de la Pescadería*.

Un sobrino del escritor conservó dos composiciones inéditas: una letrilla y una breve y acertada fábula, cuyo texto es el siguiente: *“Dijo una vez a la encendida vela un chico de la escuela. / -Yo quiero, como tú, brillar un día. / La vela respondió: -La suerte mía / sólo es angustia y humo, / brillo sí mas brillando me consumo”*.

En otro escrito, tarea de Retórica, titulado “El Sol”, el autor describe una magnífica salida del sol en estilo lírico y manierista (“Las flores abren sus cálices purpurinos, transparentes, matizados, salpicados con las últimas perlas del rocío...”). Su intención era satirizar a los falsos poetas, a los que tacha de “turba de plagiarios rimadores que infestan el moderno Parnaso”, “plaga imposible de exterminar”. Aburrido en clase, escribió “Un viaje redondo” y lo firmó con el seudónimo de “El bachiller Sansón Carrasco”, homenaje, a través de uno de sus personajes sobresalientes, al libro de su devoción, el precozmente leído *Quijote*. También parece haber leído la *Divina Comedia*, pues el “viaje redondo” es un descenso al Infierno. Consta de dos partes: “De cómo el bachiller Sansón Carrasco topó de manos a boca con un amigo suyo” y “En el que se da cuenta de cómo fue recibido el bachiller Sansón Carrasco en casa de Satanás, de las cosas que allí vio, con algunos otros nunca oídos sucesos”. Satanás le presenta al Bachiller una serie de condenados, entre ellos, novelistas que falsean la realidad. El trabajo quedó

inconcluso porque el celador se lo arrebató de las manos al desatento alumno.

El profesor de retórica, Teófilo Martínez de Escobar, advirtió y apreció estos augurios del talento, guardó el manuscrito (y el de “El Sol”) y años después, ya famoso el escritor, lo donó al Museo Canario hasta que en 1933 tuvo los honores de la publicación en *The Youthful Writings of Pérez Galdós*, recogidos por el galdosista estadounidense Hyman Chonon Berkovitz. El hermano de Don Teófilo, Emiliano Martínez de Escobar, profesor también en el San Agustín, demostró su estimación de las prendas literarias del escolar invitándolo a colaborar en *El Ómnibus*, periódico del que era director. En febrero de 1862 se estrenó el joven Galdós con la publicación de “Tertulia de *El Ómnibus*”, un diálogo cuyos interlocutores eran Yo, el amo, y su criado Bartolo. En esta y otras “tertulias” aprovechaba el disconforme la oportunidad para expandir su mirada satírica sobre el mundillo circundante y manifestar sus desacuerdos y críticas a través de diálogos en apariencia inocentes. El criado, una suerte Sancho Panza, es además, el receptor de las “Cartas de Pascual a su primo Bartolo”, comprendidas en la rúbrica “Remitido”, otra contribución del talentoso colaborador.

En las mismas páginas y en octosílabos bien medidos se burla del “pollo”, vocablo sinónimo de petimetre. Lo hace formulando varios interrogantes, a partir del primer verso: “¿Ves ese erguido embeleco, (...) que altisonante y enfático, / dice mentiras y enredos, / agitando entre sus dedos / el bastón aristocrático (...) que, más obtuso que un canto / y sin saber la cartilla / refiere la maravilla / del combate de Lepanto (...) / que aplaude mucho al tenor, / y aplaude a la Cavaletti, / y critica a Donizetti, / y al autor del Trovador; / que hallándose en la reunión, / sin modales elegantes, / se va estirando los guantes / por vía de distracción? Y en los versos finales responde: “Ese estimado pimpollo / que pasea y se engalana / de la noche a la mañana / es lo que se llama “pollo”.

Otra obra del período canario es la tragedia en un acto *Quien mal hace, bien no espere*, escrita en verso en 1861, en la corriente de los dramas románticos en boga, con su castillo feudal, un castellano feroz e implacable y una hija desventurada, enredados en una complicada trama. Ya desde entonces se

manifiesta la fascinación que ejercía el teatro sobre Galdós, frustrada en sus comienzos, pero afirmada y exitosa en la edad madura.

Otra obra en verso -forma abandonada luego por el novelista, o por lo menos inédita- es *La Emilianada*, también de intención satírica como todos los escritos juveniles de Galdós. Su tono remite a los poemas heroicos de las letras grecolatinas y a algunos del Siglo de Oro, y más precisamente a las parodias de esos poemas, y el título señala la figura de Don Emilio Martínez de Escobar, profesor de Benito en el San Agustín y, como se ha dicho, director de *El Ómnibus*. Pero la sátira no toca al generoso mecenas. El héroe del poema es un condiscípulo de Galdós, reconocido por sus travesuras y rebeldías. Secundado por otros paladines (compañeros de estudio) encabeza una insurrección contra las autoridades del colegio, finalmente fracasada. Una de las octavas reales se refiere al lugar de las hazañas: *Entre maciza y tétrica muralla / que el furor desafía de los vientos / se agita airada en férvida batalla / una turba infeliz de descontentos, / doquier la ira con fragor estalla / en roncós y fatídicos lamentos / y recorriendo el claustro extenso y vano / exclaman a una voz ¡muera el tirano!* Otro detalle contribuye a corroborar el carácter paródico del poema: los permisos y autorizaciones habituales en las obras de los siglos de oro. Felipe III figura dando su aprobación y el Inquisidor Mayor declara que el texto no contraría la fe ni la monarquía.

Galdós dejó los versos, pero no dejó de apreciar la poesía, como lo demuestra la extensa recensión de *Las auroras* del joven poeta canario Rafael Martín Neda, que *El Ómnibus* recoge del diario madrileño *La Nación*, cuando Galdós ya había dejado Las Palmas. El joven canario rindió examen en un instituto de la vecina Tenerife y se graduó de bachiller en artes. Por entonces pareció enamorarse de una prima, contra la voluntad materna, y un poco por esa causa pero sobre todo para emprender estudios de Derecho, se embarcó hacia la Península y a continuación marchó a Madrid.

La capital española le ofreció todo lo que deseaba: la bohemia, los cafés, las peñas, el Ateneo, los periódicos, los teatros, la ópera, la política, los amoríos, las caminatas, la gente común. Con ella se mezclaba el joven canario en las calles y en vagones de tercera clase, cuando viajaba por España, siempre atento a detalles que su memoria atesoraba puntualmente, todo oídos y todo ojos. Era hombre de ciudad, tanto que, años después, ya

establecido, no eligió para su descansola calma y la dulzura del clima de las islas que alguna vez fueron identificadas con las míticas Afortunadas, sino las tierras vascas del norte de España. Madrid es el escenario de la mayoría de sus novelas. Desde allí apuntaba a España y aún más allá, a semejanza de la aldea de Tolstoi, desde la cual se abarcaba el universo.

Entre los estudios, seguidos con poco entusiasmo, y las estimulantes experiencias de la gente madrileña transcurrían los días del recién llegado. Un amigo suyo, redactor de *La Nación*, “diario progresista”, según se definía, lo presentó al dueño del periódico madrileño y logró que este aceptara al muchacho canario de veintidós años, con pocos antecedentes todavía pero ya una promesa. Más tarde, Galdós reconoció que Ricardo Molina, su introductor, había sido, en verdad, el que lo había iniciado y lanzado al periodismo y a la literatura. Inmediatamente el nuevo redactor comenzó a enviar sus crónicas a la edición dominical de *La Nación*, centradas en su mayoría en la música, la ópera en particular, pero pronto sus temas fueron variando, tratados en rúbricas como “Revista Musical”, “Revista de la semana”, “Variedades”, “Folletín”, “Galería de figuras de cera”, “Manicomio político-social”.

Su versatilidad se comprueba en los títulos de sus crónicas: “El anticipo y desamortización de los bienes del Real Patrimonio”, “Desmonte de una parte del Retiro”, “¡Cuándo llegará el invierno!”, “El verano se despide”, “¡Estamos sobre un volcán!”, “El cólera en Valencia”, “El cólera y la cólera de los neos” (en alusión a los neocatólicos), “Ábrese una nueva pastelería”, “Chismografías”, reseñas de bailes de máscaras en los Carnavales, de las verbenas, los escándalos en la Corte, la unidad de Italia, espectáculos circenses, asesinatos, en fin un multicolor repertorio peculiar del periodista nato, habilitado para ocuparse de casi todo, pues casi todo atraía la curiosidad y despertaba el ingenio del cronista. Eran notas firmadas, cosa no habitual entonces. En *La Nación* escribió en 1865 y 1866 y, después de un cierre momentáneo, en 1868.

Pedro Ortiz Amengol, en su minuciosa biografía del novelista, recuerda que en *Fortunata y Jacinta* aparece un tal Ponce, “un chico de mérito que estudiaba el último año de no sé qué carrera y escribía artículos de crítica (gratis) en diferentes periódicos”, en quien podría verse un trasunto del

propio Galdós en sus años de aprendizaje. Lo cierto es que el ingreso en *La Nación* puso un poco de agilidad y recreo en la gravedad de los habituales artículos con disquisiciones y polémicas de la actualidad política.

Sus notas en periódicos y revistas proliferaron y fueron perfilando la presencia del escritor. La mayor parte de esas publicaciones tuvieron vida efímera, pues oscilaban al ritmo de la política partidaria. En este sentido, Galdós, en 1867, redactó, sin firma, crónicas parlamentarias en la sección “La Tribuna del Congreso” del diario *Las Cortes*. Fue el año en que comenzó a escribir *La fontana de oro*, su primera novela, publicada en 1870. A partir de entonces, su actividad se concentró en la ficción novelesca. 1872 es para el autor un *annus mirabilis*, pues empezó a escribir la primera serie de los *Episodios Nacionales*: en el mismo año, *Trafalgar*, *La Corte de Carlos IV*, *El 19 de marzo* y *el 2 de mayo* y *Bailén*.

Pero su actividad periodística no se interrumpió. En un atareado 1871, *El Debate*, del que llegó a ser director, recogió casi trescientos artículos suyos, mayormente sobre asuntos políticos. Entre 1865 y 1867 escribió para la *Revista del Movimiento Intelectual de Europa*; en 1871 y 1872, para *La Ilustración de Madrid*, y en el período 1870-1876, para *La Revista de España*, semanario que dirigió en 1872 y 1873. En ella, vigente hasta 1895, publicó artículos sobre “Las generaciones artísticas en la ciudad de Toledo”, sobre Ramón de la Cruz, y dio a conocer sus novelas *La sombra*, *El Audaz* y *Doña Perfecta*. En la revista quincenal *La Guirnalda*, “dedicada al bello sexo”, aparecieron artículos o fragmentos de los populares *Episodios*. Hay noticias de colaboraciones esporádicas en otros periódicos (se han contada hasta cuarenta y cinco), pero los mencionados registran la contribución más importante de Galdós al periodismo.

Este español callado y tímido se había abierto desde su juventud a todas las influencias literarias, políticas y religiosas de la época. Era comprensivo, tolerante y respetuoso, es decir liberal en el sentido más noble de la palabra. Recorrió pueblos españoles y viajó por países de Europa, curioso y alerta. Además de ser tenaz lector de Cervantes y de las novelas picarescas, lo fue de los contemporáneos y de aquellos autores extranjeros con los cuales coincidía en la concepción de la narrativa, Balzac, entre los primeros; Dickens,

de quien tradujo *Los papeles póstumos del Club Pickwic*; Émile Zola, coetáneo suyo.

Los escritos del Galdós adolescente anticipan muchos rasgos característicos del Galdós mayor. Su inclinación a la sátira, tan persistente en el período canario, no desaparece pero se suaviza, pierde virulencia, se civiliza en la ironía y el humor. Renuncia al verso, siempre bien medido y rimado, y despliega su prosa cercana a la conversación normal y corriente, familiar, espontánea, con airoso gracejo, expandida en sus crónicas, novelas y dramas, en sus novelas epistolares y en sus novelas dialogadas. Se ha visto claramente el anticipo de esta cualidad en las “tertulias” y en las “cartas” de *El Ómnibus* palmense.

Galdós llegó a Madrid en 1862 y cinco años más tarde comenzó a publicar sus novelas. En ese entretanto, leyó, viajó y soñó con triunfar en el teatro, escribió dramas y comedias hoy perdidas, y desarrolló una actividad periodística, como se ha dicho, intensa. Individualizar sus crónicas ha sido tarea ardua; lo ha sido buscar diarios y revistas difíciles de hallar, individualizar artículos no firmados y desentrañar textos que el tiempo ha esfumado. Numerosos investigadores: Hyman Chonon Berkovitz, José Pérez Vidal, Denah Lida, Leo J. Hoar Jr., José Schraibman, Rhian Davies, William H. Shoemaker se han aplicado a estudiar las colaboraciones de Galdós en diferentes periódicos-“mina inagotable” al decir de Rhian Davies, “inmenso rompecabezas”, según Hoar- pero solo se ha logrado enfocarlas parcialmente. Por ejemplo, Schraibman reunió las colaboraciones de Galdós en *El Ómnibus*, Shoemaker, las que en su madurez envió a *La Prensa* de Buenos Aires. Las dificultades han ido retrasando el conocimiento de esta parte de la obra del escritor, incomparable con su obra de ficción, pero importante por la gravitación que tuvo en su obra posterior como preparación y anticipo y por haber sido campo de experiencias vitales y literarias decisivas.

Jorge Cruz

